

# El objeto subyacente al lenguaje

A propósito de la «relatividad ontológica»  
del Prof. W. V. Quine

## I. La obra que examinamos

En 1969 el Prof. W. V. Quine publicó una obra titulada *Ontological Relativity and Other Essays* (1), recientemente traducida al castellano (2).

Siendo tan conocido su autor por sus trabajos de lógica simbólica y otros, como los que se relacionan con el Lenguaje, resulta interesante este conjunto de ensayos, porque en ellos se plantea una confrontación con nociones filosóficas, confrontación de la que sale espontáneamente como una pregunta inevitable, qué respuesta darían, por lo menos muchos filósofos, a este planteamiento.

La obra contiene seis capítulos que son, cada uno de ellos, un ensayo publicado en ocasiones anteriores y que aquí se han reunido en un libro formando un todo doctrinal de parecida inspiración.

El conjunto de la obra formó la materia de dos conferencias del autor en la Universidad de California en marzo de 1968. Pero el capítulo cuyo estudio y discusión abordaremos ahora, titulado «Hablando de objetos», proviene de un discurso de 1957 dado en la Asociación filosófica americana.

«Naturalización de la epistemología» es el título de su comunicación al Congreso Internacional de Filosofía, en Viena, en 1968. «Existencia y Cuantificación» es el texto de un coloquio leído por otra persona en su lugar, en la Universidad de Western Ontario, en 1966. «Géneros naturales» es un texto esbozado en 1967,

---

(1) QUINE, W. V.: *Ontological Relativity and Other Essays*. Columbia University Press, N. York, 1969.

(2) QUINE, W. V.: *La Relatividad ontológica y otros ensayos*. Madrid, Ed. Tecnos, 1974.

pero ulteriormente destinado al homenaje a C. G. Hempel. Finalmente «Objetos proposicionales» fue una conferencia pronunciada en varias Universidades norteamericanas desde la primavera de 1965 y destinada a la revista «Crítica».

## II. *Resumen del contenido doctrinal sobre «el objeto del Lenguaje»*

Hablamos acerca de objetos, a veces físicos, otras veces abstractos. Tanto en un caso como en otro no es fácil ver a qué objeto equivalen nuestras expresiones, pues se halla muy difuminada la noción de equivalencia según los diversos casos.

Esto se advierte, por ejemplo, si buscamos cómo equivalen las expresiones que usan los hombres de una tribu indígena a nuestras expresiones. ¿Cómo expresan ellos nuestra «identidad» y nuestra «cuantificación»? ¿cómo negar que pueden tener eventualmente otros matices que han creado en su Lenguaje y que nosotros no usamos?

¿Se dirá que nosotros hablamos entre nosotros el mismo Lenguaje? Sí, responde el autor: «Hablamos el mismo Lenguaje por la sola razón de que la sociedad nos ha instruido en un mismo patrón de respuestas verbales a incitaciones exteriores observables».

Por ello examina qué sucede en el desarrollo expresivo del Lenguaje de un niño cuando va adelantando en edad; porque hay un proceso evolutivo, semejante al que podemos señalar en una tribu indígena. Quizá por el plural de nombres sólo expresa el niño un montón en términos de «masa»; y solamente después se pasaría ya a la «individuación» que tiene como correlato, términos generales. Entonces es cuando surge la idea apropiada de «objeto»; de ahí se pasa a señalar una «individualidad» para aquel objeto del que se habla; después de la unión de un objeto general con otro en posición atributiva; después el uso de términos relativos; finalmente ya la objetivación de abstractos singulares (como por ejemplo, «la redondez», «la humanidad», etc.) Puesto que el niño podrá advertir fácilmente que dice «rojo» tanto de un pimiento, como de una cereza, imprimirá una singularidad a términos generales concretos: «la rojez». También con la relación se simplifica el proceso; y en vez de decir «mayor», dirá «la mayoría» de tal, como una «interreferencia abreviada»: «Pero todos tenemos la porfiada tendencia a reificar lo que se evita repetir, postulando un atributo, en vez de hacer de ello una *cuestión de palabras* simplemente» (3).

Así se advierte que hay un comienzo de ontología de los atri-

(3) o.c., pág. 29. El subrayado es mío.

butos en la infancia de la raza, como podría decirse que los atributos son como «deidades menores de viejas creencias» (4).

¿Se admitirá entonces un «nominalismo» ante las paradojas, como es la de las clases? La moraleja que saca el autor es la de «ajustar nuestro cinturón ontológico». Y tanto lo ajusta, que se pregunta a qué *objeto* se refieren las expresiones de *identidad*: ¿Cuál es la igualdad de significado? Jamás podríamos aceptar una definición de la identidad física en términos de comportamientos verbales, dice.

En conclusión, el autor afirma: «no veo manera alguna de dar un sentido razonable a la *igualdad* de significado, aun para nuestra lengua» (5). Entonces lo que hacemos es recurrir a un postulado: postular objetos abstractos como «la rojez», «la redondez», etc., pero «casi todo lo que se gana postulando atributos se gana igualmente postulando clases. Las clases están en el mismo plano que los atributos en cuanto a abstracción o universalidad y cumplen las mismas funciones que éstos en lo que atañe a la matemática y sin duda a la mayor parte de la ciencia; y a diferencia de los atributos, gozan de un concepto cristalino de identidad» (6).

En cuanto a las proposiciones las consideraremos como «entidades que corresponden en alguna manera a las sentencias, tal como los atributos corresponden a los predicados» (7), de modo que todo quedará reducido a *actitudes*: en el hombre habrá actitudes atributivas y actitudes proposicionales. Efectivamente, abrumado por el problema de la identidad de los objetos, determina: «hacerlos a un lado a todos ellos y procurar manejarnos de alguna manera con las *actitudes* atributivas y proposicionales, prescindiendo de aquéllos» (8).

Dos graves objeciones se plantea el autor contra esta solución extrema que es el recurso a tomar como objetos meras «formas lingüísticas» para sustituir a los objetos.

1.º La primera objeción viene de A. Church y de Langford. Podríamos expresarla así: si lo que es afirmado son «meras sentencias», entonces si expreso una sentencia en lenguaje directo, equivaldrá en sentido a la que exprese en lenguaje indirecto; pero traduciendo a otra lengua, por ejemplo al alemán, la primera, un alemán que no sepa castellano la entenderá, pero no entenderá la segunda que no esté traducida: luego no son equivalentes.

---

(4) o.c., pág. 29-30.

(5) o.c., pág. 35.

(6) o.c., pág. 36.

(7) o.c., pág. 37.

(8) *ibid.*

La respuesta que da el autor consiste en decir que «la equivalencia lingüística o igualdad de significado» es a sus ojos algo muy «dudoso como herramienta del análisis filosófico».

2.º Otra objeción es que supuesta esta filosofía del Lenguaje que propone el autor, «las actitudes atributivas y lingüísticas» tendrían como objeto «formas lingüísticas»: pero este recurso es «desalentadoramente artificial».

Dice que simpatiza con esta objeción (9). Pero ¿cómo la resuelve? El modo consistiría en «no tratar de afrontar el problema de su *individuación*». Y por consiguiente ceñirse a un mero «postulado»: «postular atributos y proposiciones sin indicio alguno de un patrón de identidad. La máxima: 'No hay entidad sin identidad' simplemente podría anularse» (10).

Entonces, ¿hablaremos de mesas, de árboles, de casas... sin identidad en los objetos sobre que hablamos? Responde: en los *primeros* objetos, sí; no en los otros, ulteriores o derivados: «la afirmación de los primeros objetos carece de sentido si se prescinde de la identidad»; pero como ellos nos permitieron pasar de ahí a «atributos y proposiciones» con una analogía, sin que hubiera un tipo fijo de identidad, deberíamos dejar estas otras entidades así, al aire: los primeros objetos de hecho nos permitieron hablar de atributos y proposiciones en una analogía gramatical parcial, sin emplear simultáneamente un *standard* de identidad para ellas» (11). De donde deduce: dejarlas así confusamente: «¿Por qué no aceptarlas simplemente así, como turbias semientidades a las que no se aplica el concepto de identidad?» (12). Claro está que sostener «estas semientidades inaccesibles a la identidad» trae consigo problemas para la lógica... (13); pero él no está seguro de que la «responsabilidad filosófica» exija establecer un sistema de aplicación universal para la identidad de los objetos de que se habla.

No obstante, ¿no es indispensable para que nuestro Lenguaje tenga un sentido, que esté individualizado su objeto? La respuesta del Prof. Quine consiste en apelar a la evolución. Recordando lo que había dicho antes de la evolución del Lenguaje del niño y del de la humanidad, concluye: «del mismo modo, algún día algo de nuestro Lenguaje individuativo actual podría acabar, en parte como vestigio y en parte adaptado, en una nueva y hasta ahora no imaginada pauta más allá de la individuación (14); «sea que

(9) o.c., pág. 38.

(10) *ibid.*

(11) o.c., pág. 39.

(12) o.c., pág. 38.

(13) o.c., pág. 39.

(14) o.c., pág. 40.

ayudemos a dicho desarrollo o no, podemos confiar en que en el futuro seguirá ocurriendo lo mismo» (15).

¿No habrá, pues, ningún objeto «fijo» que dé sentido permanente al Lenguaje? Se podría mirar la evolución pasada como formada por mera sucesión de «grados» diversos: y así sería en el futuro: «seguirán siendo meras gradaciones y en ningún sentido constituirán indicios de ideas fijas subyacentes al flujo del Lenguaje» (16). Una conducta verbal extraña nos es tan accesible «como lo son los otros capítulos de la zoología» (17). Realmente, esto de colocar el Lenguaje humano dentro de una jaula, como los otros seres de la zoología...

3.º Todavía otra objeción, fuerte como las anteriores, es la que el Profesor se propone en las últimas líneas de su trabajo. Se da cuenta de que para decir que no puede hacerse filosofía no se puede filosofar, pues si se filosofa diciéndolo, ya se admitiría la filosofía. Y si no se ha hecho, ¿qué se ha dicho?

Advierte que su propio Lenguaje, aquél con que nos ha dicho todo esto, también procede de «nuestro esquema conceptual provincial»; y es expresión de un tiempo o era, nuestra «era científica»: por tanto, ¿por qué tendrá *vigencia perenne* lo que él acaba de decirnos?

La respuesta que propone el Prof. Quine en esta conferencia, sólo tiene cuatro líneas, las últimas. Con ellas termina diciendo: «Es cierto que al decir esto estoy filosofando desde el punto de vista de nuestro esquema conceptual provincial y de nuestra era científica: pero no conozco una manera mejor» (18).

### III. *Diálogo sobre este contenido doctrinal*

Las ideas expuestas por el Prof. Quine sobre el Lenguaje tienen realmente no pequeñas dificultades, que es preciso examinar.

1.º Empecemos por la última objeción, la que el mismo Profesor ha expuesto. Si el Lenguaje es en lo que significa mero producto de «un esquema conceptual provincial» y de «un momento» temporal de la evolución que es «la era científica», ahora, ¿por qué no será también de esta naturaleza su propio Lenguaje? Y si es así, ¿qué vale para otros «esquemas» y para otros «momentos» de la evolución, cuando ha dicho que todo lo basa en la evolución?, ¿nada? Entonces no ha dicho nada.

La respuesta del Prof. Quine es desalentadora. Porque decir:

(15) *ibid.*

(16) *o.c.*, pág. 41.

(17) *ibid.*

(18) *ibid.*

«no conozco una manera mejor», no infiere que esta manera sea «aceptable». Conocerá o no conocerá él una manera «mejor»: pero de todos modos ha de ser «aceptable», por ser «coherente». Porque si es incoherente, por contradictoria, entonces se autodestruye: CCpKpNpq: la proposición de la que se sigue una contradicción permite inferir «cualquier» cosa, es decir, destruye toda Ciencia, todo Lenguaje fundamentador de ella.

Por esto es preciso examinar si hay «otras maneras» de resolver el problema de la identidad del objeto (que quizá no sean conocidas por el autor) sin tener necesidad de echar mano de una filosofía del Lenguaje que resulte incoherente.

2.º Además de esto, parece que el Prof. Quine no ha dado propiamente ninguna prueba de su afirmación de que no hay «ideas» fijas subyacentes al flujo del Lenguaje.

La razón de mi aserto es ésta: no hay que confundir «el círculo matemático» (línea formada por una recta que gira 360 grados alrededor de su extremo) con el «dibujo material» de círculo que yo puedo dibujar en una pizarra o papel; pero al hablar de la historia *psicológica* de la formación del Lenguaje parece que confunde este objeto *perceptible* sensiblemente (del cual prueba que hay evolución) con el objeto *inteligible* significado por el Lenguaje, sobre el cual no hay evolución, si no es en aquel sentido que llamamos «extrínseco», no «intrínseco».

Si mis afirmaciones geométricas del círculo tuvieran como objeto el dibujo material de un papel o pizarra, entonces la geometría no sería una ciencia, sino enteramente falsa. No solamente esto, sino que no explicaría el autor por qué las leyes matemáticas inmutables y las físicas (que en este supuesto dado serían falsas) rigen el comportamiento del cosmos material presente, prediciéndonos lo que sucederá. Y lo mismo puede decirse de la aritmética. Los constructores de las pirámides de Egipto ¿no calculaban que  $2 \times 2 = 4$ ?, ¿hubo evolución «intrínseca» en su aritmética? Esto nos retrotrae a los tiempos de Lévy-Bruhl de fines de siglo pasado que hasta por la historia han sido desmentidos: los documentos hallados nos manifiestan que para los constructores de las pirámides  $2 \times 2 = 4$ ; ni 3, ni 5.

La frase que mejor compendia la lucha contra el psicologismo, es de Edmundo Husserl: «las ciencias exactas serían muy inexactas». No serían ciencias. Muy acertadamente hace ver en sus *Logische Untersuchungen* que procediendo con rigor lógico, habría que negar la vigencia del principio supremo de coherencia del pensamiento NKpNp, sumergiéndolo también en el flujo evolutivo de lo presente temporal, en cuanto *meramente* temporal y singular.

Pero antes que E. Husserl fue el mismo Gottlob Frege quien en su obra *Die Grundlageder Arithmetik* ya hizo ver que esta con-

cepción que rebaja la Matemática a un nivel psicológico es imposible. No es necesario que yo reproduzca ahora todo lo que dice Frege para demostrar la falsedad de esta posición del psicologismo. Pero querría citar por lo menos algunas de sus palabras: «Estás calculando  $2 \times 2 = 4$ ; pero la *imagen* numérica tiene una evolución, una historia. ¿Cómo sabes tú que en esa época pasada ya valía este enunciado?, ¿no pudieron tener los seres entonces vivientes el enunciado  $2 \times 2 = 5$ , del cual sólo por selección natural en la lucha por la existencia se desarrolló  $2 \times 2 = 4$ , el cual a su vez, está destinado a transformarse, por el mismo camino en  $2 \times 2 = 3$ ?» (19).

A estas palabras añade Frege: «El modo de consideración histórico, que trata de detectar el devenir de las cosas y de descubrir su esencia a partir de su devenir, tiene, sin duda, una gran justificación; pero tiene también sus límites. Si en el flujo continuo de todas las cosas no persistiera nada firme, eterno, desaparecería la inteligibilidad del mundo y todo se precipitaría en la confusión» (20). Por esto dice que «esta concepción lo aboca todo a lo subjetivo, y si se prosigue hasta el fin, *suprime la verdad*» (21).

Pero muchísimo antes que Frege ya lo habían visto los grandes filósofos, como Aristóteles. Es éste, por ejemplo, quien en su *Metafísica* ya hace notar que el círculo debe tocar la recta en un solo punto: «pero esto no sucede en el círculo y en la línea sensibles» (22).

Ahora bien, la cuestión fundamental que es la inconsistencia del psicologismo, no queda afectada por las razones que da el Prof. Quine; y por contraposición, lo opuesto a la verdad «no-absoluta» es la verdad «absoluta», en el supuesto que hablemos de verdad, la cual es precisamente la que admitiendo esta total unidad o trascendencia expresadas por la palabra «ser», radica en ellas con la absoluta exclusión de «no-ser *en cuanto sea*», es decir, analógicamente, la Ciencia Primera, que llamamos *Metafísica*, y que da la fundamentación última no sólo del Lenguaje, sino también de todas las otras ciencias, al justificar la exclusión del relativismo escéptico.

---

(19) FREGE, GOTTLIB: *Fundamentos de la Aritmética. Investigación lógico-matemática sobre el concepto de número*. Barcelona, Ed. Laia, 1972, pág. 17.

(20) o.c., pág. 20.

(21) o.c., pág. 18.

(22) ARISTÓTELES, *Metaphysica*, B 998 a 2-3. Véase mi estudio: *Fenomenología de las formas y filosofía de las matemáticas a través del comentario de Tomás de Aquino a la Metafísica*. "Pensamiento" (Madrid) 30 (1974) 251-288, donde cito este texto de Aristóteles en la página 279-280.

3.º No solamente esto, sino que no veo qué sentido puede tener la afirmación del Prof. Quine, de que el Lenguaje sólo tendría por objeto «turbias entidades a las que no se aplica el concepto de identidad».

La razón es que este Lenguaje «elaborado» (no meramente referido a objetos primitivos de experiencia) sin duda pretende decirnos a nosotros algo sobre un objeto distinto de las meras «actitudes» proposicionales o «actitudes» atributivas que el Prof. Quine tuvo cuando lo pronunció, por muy respetables que estas «actitudes» fueran.

#### IV. *Iniciación para otros estudios*

Podría continuar analizando la obra del Prof. Quine, porque, como se ve, toca temas que tienen amplia resonancia en la filosofía.

No obstante por ahora baste haber examinado su primer capítulo que es como el fundamental de la obra. En los números siguientes de *ESPIRITU* podremos ir dialogando sobre los otros capítulos de su obra, ampliando el diálogo filosófico acerca de ellos.

JUAN ROIG GIRONELLA, S.I.